

Históricas Digital

Juliana González Valenzuela

“El filósofo”

p. 50-59

Miguel León-Portilla

A 90 años de su nacimiento

Ana Carolina Ibarra, Eduardo Matos Moctezuma y María Teresa Uriarte (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas,
Coordinación de Difusión Cultural/
Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor

2017

112 p.

Fotografías e ilustraciones

ISBN 978-607-02-8968-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de enero de 2019

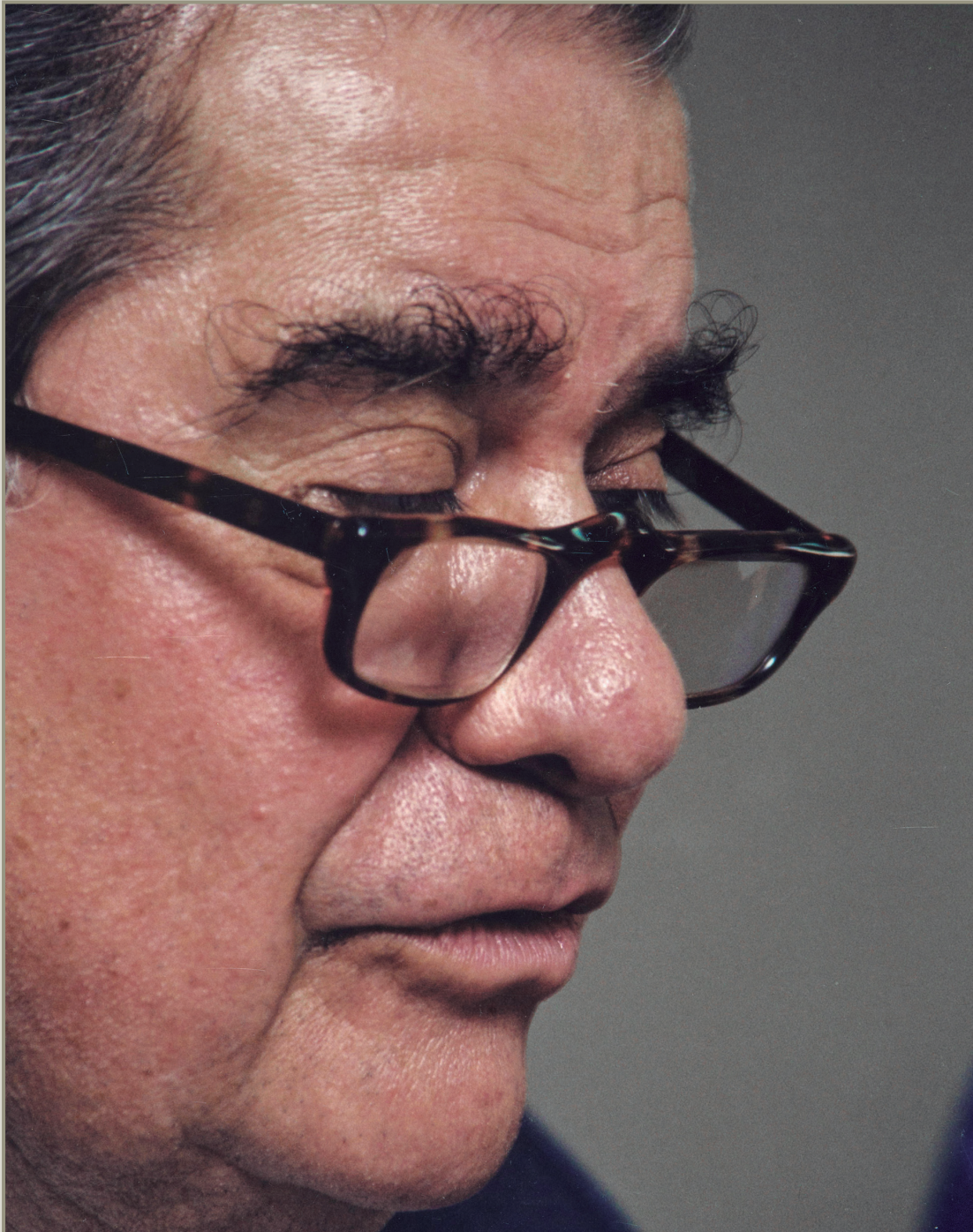
Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/677/leon_portilla.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México





El filósofo

JULIANA GONZÁLEZ VALENZUELA

Universidad Nacional Autónoma de México
Profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Letras

¿Hubo un saber filosófico entre los nahuas?, se pregunta Miguel León-Portilla, y ya en sus interrogaciones se dibujan los rasgos esenciales de lo que es para él la filosofía. ¿Hubo entre ellos, además de su cosmovisión mítico-religiosa, ese tipo de inquietud humana, fruto de la admiración y de la duda, que impulsa a preguntar e inquirir racionalmente sobre el origen del ser y el destino del mundo y del hombre?¹

Desde comienzos del siglo XX, es puesto en crisis el racionalismo filosófico y cultural. En Occidente mismo se produce el giro hacia *el reconocimiento de la pluralidad y diversidad de las culturas humanas* y, con ello, de su dignidad y su “humanidad”; el reconocimiento, en fin, de la *alteridad* de la creación humana, al mismo tiempo que de su intrínseca “semejanza”.

Y es con la clara conciencia del significado filosófico del preguntar y problematizar, así como del imperativo de la verdad, con lo que Miguel León-Portilla se adentra por los caminos de la palabra filosófica de los nahuas. Con este propósito, el autor de *La filosofía náhuatl* realiza una hermenéutica de los documentos que considera los más confiables, dejándolos hablar a ellos mismos y traduciendo la manera de conceptualizar propia de los indígenas, sin acudir a modelos ajenos para explicar lo prehispánico, como se había hecho frecuentemente. Como él ve, en los textos nahuas el sabio expresa una necesidad de explicarse las cosas, de preguntarse cuál es su sentido y su valor; expresa, incluso, su afán de inquirir sobre la verdad — *neltiliztli* (la cualidad de estar bien cimentado, bien enraizado en la vida)— y, señaladamente, sobre el destino después de la muerte.

¹ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2006, introducción y p. 55-56.

El surgimiento de los problemas filosóficos se da, según León-Portilla, en el momento en que un grupo de *tlamatinime*, sabios poetas, se empieza a preguntar sobre el valor de las cosas; se enfrenta a la realidad del sufrimiento y la muerte, y se ve impelido a buscar una explicación a su vida y a sus obras (“amenazadas de exterminio por el anunciado fin del Quinto Sol”).²

Cabe añadir que reconocer la existencia de una filosofía entre los nahuas implica reconocer que la filosofía es vocación humana universal. Filosofía lleva en su nombre su esencia, *philía* por la *sophía*, amor como actitud excepcional ante lo que es; *philía* como búsqueda de verdad, apertura a lo profundo y verdadero; *sophía*, sabiduría profunda del hombre y del mundo.

El hecho decisivo es que, no siendo parte de la tradición occidental, hablar de filosofía náhuatl implica reconocer que el filosofar nahua es un nuevo nacer, un nacer autóctono de la vocación filosófica; una expresión del devenir humano en su desarrollo histórico-geográfico propio. No tendría por qué ser por completo semejante a la filosofía occidental. Posee semejanzas esenciales, a la vez que diferencias insalvables, producto de otra experiencia humana y otra herencia histórica, milenaria, vivida, sí por hombres, pero en “otro continente separado”, en otra tradición milenaria: la del mundo prehispánico.

Son dos coordenadas del filosofar las que León-Portilla reconoce, con justicia, en el pensamiento náhuatl. Primero, la hondura: el pensar que penetra en lo profundo, fundamental y radical. Y, segundo, la amplitud de visión, el ojo omniabarcante, la mirada abierta hacia el todo. El imperativo de la búsqueda de la verdad, de conocer lo que es en sí mismo y por sí mismo, y esto implica pasar por la duda, por la conciencia de la ignorancia, por la experiencia radical del no saber.

Cabe destacar, entre otros, tres grandes temas de lo que constituyen los contenidos de la filosofía náhuatl, según León-Portilla. Éstos son:

1. La angustia radical ante la caducidad del mundo y de la vida del hombre. Una vez perdida la confianza y la seguridad que proporciona el mito religioso, los sabios nahuas comienzan por hacer expresa la duda, la conciencia de la ignorancia y, de hecho, la carencia total de saber, así como la conciencia de la finitud y muerte del cosmos en general y del hombre mismo;

² *Ibid.*, p. 59.

2. El encuentro del sentido de la vida en la adquisición de un “rostro y un corazón”, y en la trascendencia de las “flores y los cantos”; y
3. El hecho de que en la conquista española simplemente se elimine, en todos los órdenes, toda esperanza.

Por la concepción del cosmos y de los dioses, expresada en los mitos cosmogónicos, los hombres nahuas vivieron en una profunda inseguridad existencial. La naturaleza, manifestación de los seres divinos, no tenía leyes inmutables, sino que su orden y regularidad dependían de las acciones humanas.

A la idea mexicana de la inseguridad esencial del mundo cósmico y de la insuficiencia de los dioses corresponde una concepción del mundo y de la vida radicalmente pesimista. La precariedad del universo se traduce, en el nivel práctico moral, en profundas vivencias de negatividad y de amargura. El lado oscuro de la temporalidad se hace trágicamente patente en la experiencia de caducidad, inseguridad, engaño y tristeza que penetra en zonas profundas del valor del mundo y de la vida de los hombres.

En los textos de los informantes de fray Bernardino de Sahagún, como lo retoma León-Portilla, se expresa esta concepción del mundo y de la vida humana en forma tan original y, a la vez, dramática, que resulta obligado citarlos en sus propios términos:

este mundo es malo y penoso, donde no hay placeres, sino descontentos [...] que no hay placer sin que no esté junto con mucha tristeza, que no hay descanso que no esté junto con mucha aflicción, acá en este mundo.³

Pudiera decirse que de los dos contrarios que constituyen el tiempo: el dejar de ser y el llegar a ser, el hombre mexicano mira ante todo el ángulo del vacío, del no ser, de la caducidad. En los textos, sobre todo en los de los sabios poetas, llega a tal grado la insistente afirmación de la fugacidad universal de lo que existe que puede considerarse ésta como una de las experiencias fundamentales de donde parte el pensamiento náhuatl en su filosofar, afirma León-Portilla:

3 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1969, v. 2, p. 126.

¿En qué nos estimas, oh Dios?
—reclama un sabio—.
Tal como vivimos, así perecemos [...]
Tú te estás mofando, nada somos,
en nada nos tienes,
tú nos aniquilas,
tú nos destruyes aquí [...].⁴

Yo Nezahualcóyotl lo pregunto:
¿acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí [...].⁵

El hombre religioso está seguro de sí mismo, conoce su sitio dentro del cosmos y la misión para la que fue creado. Por el contrario, los poetas, al prescindir de esa seguridad existencial, quedan desolados ante la fugacidad, ante la falta de evidencia de los dioses y de la pervivencia después de la muerte, cuestiones estas que para ellos adquieren niveles que sólo la sensibilidad poética puede alcanzar:

Que no se angustie mi corazón.
No reflexiones ya más...
Sólo una vez perecemos,
sólo una vez aquí en la tierra.⁶

Pero aquí en la tierra cabe también la salvación. Los *tlamatinime* buscaban “humanizar el querer de la gente” y pensaron que por medio de la educación se podía influir en el albedrío del hombre. La educación conduce a “adquirir un rostro y un corazón”, una personalidad.

4 Ángel María Garibay, *Poesía náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965, v. 2, p. 94.

5 Miguel León-Portilla, *Trece poetas del mundo azteca*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, p. 49-50.

6 *Ibid.*, p. 61.

La educación era impartida por los sabios. Existe, en efecto, la educación literalmente formativa, la cual sobresale por ser, en esencia, formación ética, y que, en especial, los nahuas nombraron mediante un singular difrasismo: *in ixtli in yollotl*, en el que funden dos nociones: rostro, *ixtli*, y corazón, *yollotl*.

Rostro, cara, faz, en el sentido de semblante propio, individual, personal. Formar el rostro equivale a formar como persona, a adquirir la propia identidad espiritual, ética: el *ethos* o carácter, el modo de ser único, distintivo del ser humano formado.

La adquisición educativa del rostro propio revela que no se nace con él, o sea, con plena individualidad; que ésta se obtiene en un proceso vital de individuación (implícitamente de autenticidad y de autonomía).

Y la formación del rostro es al mismo tiempo la formación del *corazón*. Hombres y mujeres nacen con un rostro "borrado", anónimo e impersonal, y con un "corazón" débil, indeciso, indefinido y casi inerte.⁷

El "corazón" es el querer, la energía vital, el motor de la vida; equivale a la voluntad de ser y de crecer en la propia humanidad. Educar el corazón es "humanizar el querer":

aun cuando fuera pobre o miserable,
aun cuando su madre y su padre fueran los pobres de los pobres...
no se veía su linaje,
sólo se atendía a su género de vida...
a la pureza de su corazón,
a su corazón bueno y humano...
a su corazón firme...⁸

El rostro-corazón maduro es aquel que "va en pos de algo", que tiene un fin o meta vital, que se dirige hacia la *verdad* de sí mismo.

Y todavía el mexica hace expresa la esencia de la verdadera enseñanza en un texto poético de la mayor relevancia, diciendo que el maestro, el sabio o *tlamatinime* es:

7 Y aunque *ixtli* pudiera traducirse como "ojo", el significado del difrasismo sería el mismo, pues adquirir la visión es sinónimo de sabiduría: pasar de una visión borrosa a una visión aguda. Los sabios son los que "pueden ver", como dicen los mayas.

8 *Códice florentino*, libro III, p. 67, en Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl...*, p. 230.

El que hace sabios los rostros ajenos,
hace a los otros tomar una cara,
los hace desarrollarla...
Pone un espejo delante de los otros, los hace
cuerdos, cuidadosos,
hace que en ellos aparezca una cara...
Gracias a él la gente humaniza su querer
y recibe una estricta enseñanza...⁹

León-Portilla revela que en esta concepción no hay un determinismo absoluto, pues los sabios nahuas creían que las influencias maléficas se podían cambiar y las benéficas se podían propiciar con diversos rituales.

En significativo contraste con la desesperanza que impregna la vida y el pensamiento de los nahuas, desde sus mitos cosmogónicos hasta sus poemas o cantares, pasando por su idea de la naturaleza humana y por sus normas morales, los poetas encuentran algo que da sentido a la vida del hombre aquí en la tierra, porque es perdurable e indestructible, gracias a la comunidad interhumana: la obra creadora, a la que metafóricamente llamaron “flor y canto”:

¡Haya amistad común!
¡Conozcámonos unos a otros!...
¡Nos habremos ido nosotros a su casa,
pero nuestras palabras, nuestro canto,
vivirá en la tierra!
Algunos solamente aquí en la tierra
con perfumadas flores y con cantos,
y con el mundo, se hacen verdaderos ciertamente.¹⁰

En “flor y canto” está la verdad buscada. El sabio poeta encuentra que en sí mismo se halla la fuerza creadora de los propios dioses. El hombre se iguala al dios en su capacidad de dar ser con el canto, la pintura, la arquitectura, la invención creadora:

⁹ *Ibid.*, p. 192.

¹⁰ Ángel María Garibay, *Poesía náhuatl...*, v. I, p. 73 y 30.

Dentro de ti vive
—dice un poeta a otro—,
dentro de ti está pintando,
inventa, el dador de la vida [...].¹¹

Por tanto, sólo acá en la tierra
es donde perduran las fragantes flores
y los cantos que son nuestra felicidad.
¡Gozad, pues, de ellos!¹²

Así, los sabios poetas han encontrado que hay algo aquí en la tierra que vale en sí mismo y por sí mismo, que tiene tal perfección que se presenta como manifestación de lo divino, *hierofanía* del Señor de la vida, Señor dual, Ometéotl. La metáfora recoge del ámbito de la naturaleza y traslada al de la creación humana espiritual dos prodigios supremos: *las flores*, manifestaciones excelsas de la vida terrenal, inigualables en la diversidad ilimitada de sus formas, perfumes y colores: goce supremo para *la vista* humana. Y *los cantos* de las aves, igualmente manifestaciones excelsas de la vida aquí, inigualables también, en su diversidad ilimitada de sonidos y trinos: goce supremo para *el oído* humano.

La belleza a la vista y al oído son dos expresiones de la naturaleza hermanadas por su perfección. Dos prodigios naturales a los que corresponden dos prodigios del espíritu humano: la poesía y la capacidad de pintar y cantar lo divino. Plástica y música, espacio y tiempo, espacio-tiempo unidos. La divinidad se hace patente, en efecto, en las flores y los cantos —tanto naturales como culturales—. Encontrar “la flor y el canto de las cosas”, “el simbolismo que se expresa por el arte [...]”, dice León-Portilla.¹³ Hay algo que el hombre puede también crear “dialogando con su propio corazón”: la belleza aquí en la tierra. “‘Flor y canto’ —escribe el filósofo—, camino del hombre que, consciente de su propia limitación, no se resigna a callar sobre lo que puede dar sentido a su vida”.¹⁴

Pero esa grande y profunda creación llegó a su fin, fue cortada de tajo por la conquista española:

11 Miguel León-Portilla, *Trece poetas...*, p. 40.

12 Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl...*, p. 214.

13 *Ibid.*, p. 271.

14 *Ibid.*, p. 322.

Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos,
nosotros lo admiramos
—dicen los sabios indígenas, conscientes de su final, éste sí absoluto.

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.¹⁵

[...]

Somos perecederos, somos mortales,
dejadnos pues ya morir, dejadnos ya perecer
puesto que ya nuestros dioses han muerto...¹⁶

Y no obstante, los hombres prehispánicos —nahuas, mayas, toltecas, mixtecas...— han dejado huellas que de algún modo perduran. Son vestigios inertes, sin sentido en su aislamiento, fragmentos fosilizados de lo que fue antes duración y vida, afirma León-Portilla. Pero, justamente, lo que hace el auténtico historiador de hoy es recrear la duración y la vida que fueron, infundir el soplo de espíritu, hallar significación y comunicarla a otros. Ésa es la verdadera misión y grandeza del historiador.

15 Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1992, p. 166.

16 *Obras de Miguel León-Portilla. De filosofía e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional, 2011, v. IX, p. 270.

Y ahí están, sin embargo, como flores y como cantos inextinguibles los testimonios que sobreviven de la creación prehispánica. De ahí la importancia de penetrar en su palabra, en sus artes pictóricas, en sus obras creadoras que van de la cerámica a la pirámide.

Ésta es la tarea del lector y, ante todo, del intérprete. Ahí está un Miguel León-Portilla dedicando tantas y tantas horas de su vida a esa lectura que es a la vez gramática y revelación de esas almas que hablan por la palabra del intérprete, quien hace suyo el mensaje.

Sólo con el alma abierta, el verdadero lector es nuevo cantor.

Esto es y ha sido Miguel León-Portilla, a lo largo de sus fértiles años de vida que hoy celebramos.

Gracias, Miguel, por despertar nuestra capacidad de escucha, a través de tu rescate y de tu propia voz cantora, de los que fueron los sabios y poetas de esta tierra. 🌀